

De sus bordones de oro,
Un cántico divino
Que no comprende el suelo,
Y el viento entre sus pliegues lleva al cielo!

Allá del claro Apeles
El hijo predilecto,
Al toque de sus mágicos pinceles,
Imitador perfecto
De las obras sublimes de natura,
Anima y eterniza en tosco lienzo
Del hombre las acciones,
El rostro encantador de la hermosura
Que coloran brillantes ilusiones,
Las flores y las aves y los prados,
Los cielos azulados,
El golfo tempestuoso,
El arroyuelo claro y apacible,
El torrente impetuoso,
El palacio, la rústica cabaña,
El estendido valle y la montaña!

¿Qué buscan, el guerrero en la lid fiera
Y en el revuelto mar el navegante;
El sabio en el estudio fatigante
Y el artista y el poeta
En las bellas creaciones
Que brotan de la lira y la paleta?
¿Qué acento seductor en su oído suena,
Haciendo palpar sus corazones?
¿Qué fuerza irresistible
Al alma fatigada,
De nuevo ardor y de entusiasmo llena
Para seguir la senda comenzada?

¿Serán acaso, el oro, los favores
Del poder, la lisonja cortesana,
Del mando los honores,
Y todos esos bienes tentadores
Con que nos brinda la soberbia vana?

Mil veces nó! el incesante anhelo
De esos hijos del mar y de la guerra,
De la ciencia, del arte y la poesía,
Es, con sus hechos inscribir un día
La honra y la prez de su nativa tierra

En el libro severo de la historia,
Haciendo que la gloria de la patria
Se identifique con su propia gloria!

Juventud que me escuchas! Esperanza
Del desdichado suelo
En que vimos la luz del claro cielo!
El alma arrebatada á tí se lanza;
Y ansiosa de animarte en el camino
De tu envidiable mágico destino,
Con resonante grito
Te impele sin cesar. Avanza, avanza!
El campo de la gloria es infinito!

Marcha por él con pasos de gigante,
Cultivando la noble inteligencia,
Vívido lampo de la Eterna Esencia;
Y de la fama al elevado templo
Lleva siempre con ánimo constante
De valor y virtud, preciado ejemplo!

No es la gloria, en verdad, el ruido vano
Del aplauso mundano
Con que vive la triste medianía,
Ni los bellos sonoros oropes
Que prodigan infieles
La torpe adulación y la falsía.

La verdadera gloria,
Orgullo santo de elevadas almas,
Es la propia conciencia
De haber ganado inmarcesibles palmas
En lucha meritoria,
Consagrando, sin tasa, la existencia,
O el alta inteligencia,
En pró de la verdad y la justicia!
¿Jamás de la mentira y la malicia!

Cese yá el toque del clarín que aterra
Y que convoca á fratricida guerra!
No es el laurel sangriento,
Ni la mural corona,
Sino la fresca oliva
De la paz y la verde siempreviva
Lo que hoy el alma férvida ambiciona!
Basta yá de regar con sangre y llanto
El suelo de la patria sacrosanto!